

UN SALVADOREÑO DEPORTADO
A DEPORTED SALVADORIAN



REALIDAD Y REFLEXIÓN

Reality and Reflection

Año 7, Nº 21
Year 7, Nº 21

San Salvador, El Salvador, Centroamérica
San Salvador, El Salvador, Central America

Revista Cuatrimestral
Quarterly Journal

septiembre-diciembre 2007
september-december 2007

Un salvadoreño deportado

A Deported Salvadorian

Daniel Joya
Abogado salvadoreño
Residente en los Estados Unidos
DJoya@co.pg.md.us

Joya nos presenta, en un lenguaje ameno, la historia de José, quien combatió en la pasada guerra del país con uno de los batallones militares, durante la cual un episodio le dejó marcado. Después del conflicto emigró hacia los Estados Unidos y logró llevar de forma ilegal a su esposa e hijos. En ese país la amenaza de la deportación pesa en especial sobre los indocumentados hispanos, situación que hizo impacto en José. Una persona en esa situación tan dramática, siente que le han cortado de tajo sus aspiraciones, en una gran gama: personales, laborales y económicas, amén de la desintegración familiar y social. Las actitudes y comportamiento de los personajes del relato son exactamente los que no debemos adoptar. La narración debe servirnos para meditar y que no nos ocurra, como a José, que hasta el final descubre la moraleja. DEPORTACIÓN.

Joya presents us, in a very pleasant writing, the story of José, who fought in the last war of the country under the command of one of the military battalions, during which an episode left him noticeable. After the conflict, he immigrated to the United States and he managed to take illegally to his wife and children. In that country, the threat of the deportation affects heavily, especially on the Hispanic illegal people, situation that affected José. A person in that so dramatic situation feels that they have been cut of his goals, in a great range: personal, labor and economic, in addition to the familiar and social disintegration. The attitudes and behavior of the characters of the story are exactly those that we do not have to adopt. The narration must serve us to meditate and that does not happen to us, like to Jose, who until the end discovers the moral. DEPORTATION.

I

Salió del aeropuerto impactado por el mar de gente arremolinada en el área de espera. De entrada no podía distinguir entre la alegría de los que venían a repisar el suelo patrio y el júbilo de quienes impacientes esperaban a los ausentados. Tampoco diferenciaba entre la congoja en los que se despedían y la impotencia de los que veían partir.

En los aeropuertos de hoy, como en las terminales de autobuses medio siglo atrás, la gente se aleja y reencuentra, en la dinámica de marañosas jugadas del destino que obligan a dejar la comodidad de su sala para ir en pos de ilusiones. Llámosles por esta vez sueño americano, para asumir que una vez al otro lado ya nadie querrá despartar, como medida de autodefensa ante los embates de recuerdos que crudamente cercenan los deseos de volver; un éxodo sin Moisés hacia la tierra que fluye dólares y esperanzas, salvo que en este caso se va del desierto hacia Egipto.

Para los salvadoreños partir no sólo encarna el inicio de la proeza, sino que viene a



ser la última alternativa antes que quedarse a esperar la defunción, por hambre u otro efecto colateral del violento neoliberalismo. Antes la familia se separaba dado el espíritu aventurero de la figura patriarcal o el batir de alas de la prole, hoy la pobreza que ya tocó fondo en los hogares mestizos, concurre en el trayecto al descalzo con pocas letras, al empleado corbatado y hasta a la madre recién comenzando amamantar. Estos aprendices de refugiados, “guanacos hijos de puta” haciendo poesía de amor para Roque Dalton, son los eternos errantes que en su momento se anotaron para trabajar en las bananeras hondureñas y a pesar de Somoza también fueron a Nicaragua a tomar provecho de las oportunidades del trabajo agrícola.

Otros sin saber adónde quedaba, presente la fiebre del oro negro, se embarcaron hacia Arabia Saudita, sin quejarse de lo arenoso y pegajoso del sol desértico. Hubo así mismo, los que con igual empuje abonaron con sudor y sangre la construcción del Canal de Panamá. Dicen que los salvatrucos han sido vistos moviéndose de aquí para allá, del oriente al occidente, de norte a sur, y viceversa, ganándose el sustento en el mismo ombligo del diablo.

Con el advenimiento de la guerra civil algunos se alejaron por temor a volverse blanco de la desenfrenada ayuda militar Estadounidense. Así se formaron colonias guanacas en Canadá, Cuba, Suecia, Estados Unidos, Nicaragua, Australia y quién sabe en cuantas otras esquinas del planeta. Pasado el conflicto armado se creyó que el flujo de diásporos menguaría, mas nuevamente sobraron los motivos y se acentuaron los deseos de escapar para no ser devorados por la nefasta propiedad privada en función de pocos.

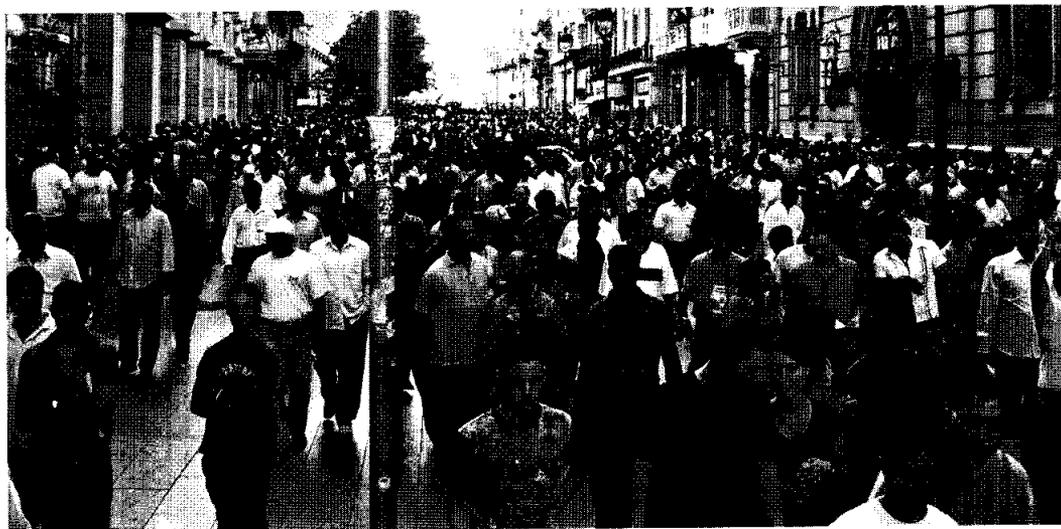
El personaje de este relato era un hombre que retornaba forzado por el destino, no para cumplir con el dicho de “la que es puta vuelve”, mucho menos porque el ombligo le llamara. Era un retorno sin plan previo, carente de razonamiento o de reposada decisión. Lo mandaron de romplón y ahora se resituaba dentro de las veintiún mil (o menos después de perdidos los bolsones fronterizos en el litigio de La Haya) tiras de suelo que le parieron.

II

Salió del aeropuerto impactado por el mar de gente arremolinada en el área de espera. Era asombrosa la cantidad de viajeros en las terminales y áreas de recoger equipaje, volviéndose interminables las filas en aduanas; copiaba un panal aquel murmullo de voces de las que solamente decodificaba los deseos de estar entre los suyos. Los bultos humanos moviéndose en líneas desordenadas extrayendo maletas de las bandas y vestuarios de diferentes diseños y colores parecían dar cuenta de cuánto cambió su país en los últimos quin-

ce años. Se fue a sus veinticinco, casado y con la responsabilidad de dos hijos; sin otra visión que la de sobrevivir ante una guerra civil que parecía estancada, cual olvidada en el temible antioasis de la historia. Bombas por doquier, el rechinar de la muerte, destrucción desoladora y ante todo la psicosis generalizada marcaron para el pulgarcito de América, lo que algunos llamaron: La década perdida (eran los 80 que enrumaban al autoexilio).

Cuando partió, el conflicto lucía sin patas ni cola, insertado para quedarse en la vida diaria de aquel pueblo por el que nadie daba un centavo, dado su asentamiento en el más diminuto rincón del Istmo centroamericano: El Salvador, el otrora apodado “país de la sonrisa” se contagió del odio de la guerra fría, saturándose sus calles de tristeza y cadáveres mutilados por las más burdas tácticas contrainsurgentes de policías, militares, paramilitares y otros productos enlatado en el Norte. Así se callaban los reclamos por justicia, entre experimentos de exterminio diseñados por los pentaexpertos en genocidios.





José, nombre de pila de este individuo, estaba otra vez en su tierra, deslumbrado ante el vaivén de la terminal aérea, tan confundido como en sus primeros años de existencia. De niño soñó con ser profesor, embriagarse con letras, elocuencia al exponer y persuasión en el discurso. Quería facilitar el milagro de la estimulación temprana entre los cipotes de su cantón. Anheló profundamente incorporarse al magisterio, más fue obligado a prestar servicio militar antes de terminar la secundaria. Esa tarde de abril regresaba de una fiesta de quince años cuando el retén de soldados lo detuvo en calidad de recluta, sin pedirle permiso ni opinión política.

Ese era el servicio militar obligatorio; técnicamente secuestro bajo la amenaza de represalias contra quién expresara no estar de acuerdo. Algunos al servicio militar o "platada" lo consideraban un mal necesario para no morir de hambre, para otros constituía la manera de obligar a los pobres a defender la comodidad de los ricos o un compromiso que todo joven debía cumplir más temprano que tarde. En aquel contexto de zozobra, abundaban motivaciones y faltaban cuerpos para renutrir los batallones diezmados a diario por la guerrilla.

A los cuatro años salió el hombre de baja, harto de ver matar y morir, con las vidas de ciertos desdichados arrebatadas por sus manos. Durante más de alguna de sus misiones con la Sección II se cuestionó si, aunque ateos, no sería pecado torturar a los sospechosos de comunistas. Sin embargo, sus asesores gringos, manipulando la Biblia, le aseguraban que matar por la patria constituía el más elevado deber cristiano, que el comunismo representaba al anticristo y que cualquier profesante de tal devoción era instrumento del mismo cachudo y por lo tanto necesario de exterminar.

En cuanto a la tortura, le enseñaron en su unidad que esta venía a ser simple técnica para extraer información de inteligencia, de los inamparables por los Convenios de Ginebra. Se tragó el cuento que en el mundo democrático el presidente de los Estados Unidos decide a qué país e individuos etiquetar de "freedom fighters".

A pesar del bombardeo ideológico a que estuvo expuesto, odiaba la guerra, tanto por las atrocidades que evidenció, como por las secuelas destructoras en la juventud, sector que en definitiva aportaba el más alto porcentaje de cadáveres. Estaba convencido que la guerra era injusta porque no solamente bloqueaba sus ilusiones sino también los sueños de muchos de su generación. Entendía que las suyas, como tantas otras fantasías juveniles de cambiar el mundo fueron abortadas al pretender realizarse en la época equivocada; desgraciadamente sus utopías nacieron en los tiempos de preferir un tiro en la cabeza a la capucha y técnicas de interrogatorio enlatadas en Washington.

Y en una de esas veces en que violentando las puertas de una vivienda humilde

entró con dos de sus compañeros de armas, rociando los treinta cartuchos del M-16, al encender su lámpara de mano descubrió que el nido de subversivos denunciado por el oreja del lugar contenía una mujer preñada, dos impúberes desnutridos y un viejo encorvado por duros años de labrar la tierra. Los rostros desfigurados por las balas 5.56 mm. y el estómago tembloroso, brincando en desespero por salir del vientre de la muerta le hicieron repugnar de sí mismo y su complicidad con aquel nivel de deshumanización, perdiendo el conocimiento allí donde estaba. En adelante similar corriente de sudor helado le volvería a hacer colapsar frente a las emociones fuertes. No obstante su obstinación por hallar cura, médicos, psicólogos, curanderos, religiosos y bar tenders no pudieron recobrarlo.

Terminó sus dos años de servicio militar no muy satisfecho con la vida en la carrera de las armas, por lo que en sus restantes dos años de reenganche pidió se le colocara en el batallón administrativo. Su rol militar pasó de buscar, investigar y exterminar a sospechosos de actividades subversivas a escribiente y asistente del coronel. Pasados cuatro años de vestir verde olivo y ocasionalmente camuflaje, la realidad le reiteró que si bien los insurrectos fueron contenidos en su avance territorial, los pobres seguían sin esperanza. Se le hizo obvio que la democracia occidental de tercer mundo no era equitativa, y que su tierra únicamente producía dos especies de individuos: los nacidos con estrella y los paridos estrellados.

Frustrado en sus planes de vida, luego de continuas borracheras, putiadas contra la miseria y búsqueda de un trabajo dignamente remunerado, prefirió emigrar clandestinamente a los Estados Unidos que quedarse y engrosar la de por sí apretada fila de caídos en combate.

Y se fue, para ulteriormente ser regresado y descubrir que viajar de Norte a Sur toma unas cuantas horas, que se multiplican en semanas y meses si se va en dirección contraria. En todo caso, lo importante es que se fue haciendo el camino por desconocer la ruta; semejante proeza inspiró a retratar la Odissea del Norte, tragedia amablemente escrutada por la lupa de Mario Bencastro. De varios intentos en Tijuana, no fue sino hasta el cuarto cuando pudo pisar el otro lado.

Ya en Los Ángeles trabajó en fábricas, restaurantes, limpieza y bodegas, hasta que por último un amigo radicado en el Distrito de Columbia le invitó a trasladarse, compartiéndole que la remodelación de casas pagaba buen dinero y que el área metropolitana de Washington abundaba de construcciones. Este amigo en solo dos años logró pagar los gastos del viaje, ahorrar diez mil dólares, comprarse un carro deportivo y agregar dos cuartos y un corredor suelto a la vivienda donde creció.

Una mañana tomó su maletín, empacó sus pocas pertenencias y dando las gracias al tío Marcelo por la posada de siete meses se fue a la estación más cercana de la Greyhound comprando un boleto de solo





ida para Washington D.C. Algunos gringos que le asesoraron sobre operaciones anti-terroristas eran de ahí. De repente los vería y entre las viejas risas al calor de los tragos y una bachita de mota en cualquiera de los prostíbulos locales, le ofrecerían colocarlo en buen empleo. Seis largos días pasaron para que el bus finalmente llegara a su destino. Con las nalgas resentidas por tanto ir sentado, las patas hinchadas y el cuello doliente, fastidiado de coca colas y cheesburgers del McDonald's, solo le confortaba la esperanza de alcanzar su nuevo destino, trabajar duro y mandar a traer a su mujer tan pronto como le fuese posible.

El plan era echar riata juntos hasta recoger la cantidad suficiente que les sacara de la pobreza. Estaba entre sus planes para el retiro adquirir unas cuantas manzanas de tierra fértil, cultivarlas con maíz y hortalizas, pastar allí las vacas que compraría y con la pequeña granja que montaría en el patio de su casa alimentar la porqueriza que luego vendería al mercado para destazo. Las variantes de la vida, le demostrarían que el hombre propone, el medio condiciona y Dios dispone.

Una vez ubicado en el D.C., consiguió trabajo como ayudante en una compañía de remodelación de viviendas. Debido a los aumentos anuales de salario, promociones y otros incentivos se mantuvo allí por once años hasta que decidió emprender su propio esfuerzo. Llamó BIRI a su creación empresarial, haciendo remembranza de sus años mozos en el batallón de infantería de reacción inmediata, cuyo nombre prefiere omitirse en esta historia. Con eso rescataba la rudeza con que alguna vez fue formado para el combate, solo que ahora la aplicaba habilidosamente en una empresa no comprometida con la eliminación de sus semejantes.

Cual si se hubiese bañado con ruda, no le iba tan mal en el negocio, le sobraban contratos, los empleados le producían arriba de lo previsto, repuntando su pequeña compañía entre las eficientes subcontratistas de la Clark, así que dinero no faltaba en su billetera. Sin embargo, en segunda tarde de abril el infortunio se rió en su cara; uno de los trabajadores se accidentó mientras cambiaban un roof residencial. Con todo y que el seguro no le respondió en un cien

por ciento pudo arreglar con la familia del difunto y si bien el negocio no le recuperó al nivel de ahorros previos, ganaba lo suficiente para mantener a los suyos en el estatus decente que disfrutaban. Ahora con la deportación se le presentaba otra crisis a superar. De hecho, el mayor reto de su vida. Por suerte, todavía contaba con Raúl, un gran amigo, que se hizo cargo de la compañía desde el primer día de su detención, prometiéndole que a su regreso le entregaría las riendas de ésta con todas las ganancias acumuladas.

Raúl era un tipazo, con el que tomaban religiosamente todos los fines de semana, su calpián de beba y visitas a los antros, alguien con quien contaba incondicionalmente, con el único que permitía a su mujer ir a cuanto evento social a él se le dificultase asistir. El chero no le inspiraba celo en absoluto, no obstante las ocasiones cuando le regresaba a su vieja después de la medianoche, exhausta y nauseabunda, con la falda arrugada, las medias rotas y botones de la blusa perdidos, con el maquillaje corrido, aliento alcohólico y el pelo mojado. Este era su amigo y confidente, alguien que estuvo de alta en su mismo batallón, el enfermero que lo auxilió el día de su desmayo en la casa de los cuatro y medio muertos.

Era el camarada incondicional, algo así como el perro de la casa, con llaves y acceso irrestricto a su residencia, pendiente del bienestar de todo y todos, presto a servir, él que aseguraba no podría traicionarlo. Su pequeña compañía y familia no quedaban en total desamparo. Lo mejor era que Raúl sería capaz de sacrificarse sin reservas por los intereses del compañero, de ser menester, para imponer el respeto que conlleva la presencia de un hombre, aún durmiendo en su casa, a fin de velar por la seguridad de la

familia. Eso justificaba las sanas atenciones de su mujer llevándole café y desayuno a la cama los días que allí dormía, cosa que no hacía ni con el mismo esposo. Bueno, bueno, hasta allí muere, para no seguir en detalles que pudieran dar rienda suelta a elucubraciones; sería absurdo pensar mal de su cuate del alma.

III

Salió del aeropuerto impactado por el mar de gente arremolinada en el área de espera. Viajar de Norte a Sur toma unas cuantas horas, que se multiplican en semanas y meses si se va en dirección contraria. Antes que palpar de emoción, el corazón de José estaba severamente triste. Ausente por más de una década, ahora volvía a la tierra que lo parió, no como lo esperaba en sus planes





previos; es decir, con pompa y cortejo de familiares y amigos, sino forzado al retorno, expulsado por la migra, semiderrotado, cargando con la vergüenza de haber pasado entre miles de ojos curiosos; unos con mirada lastimera y otros rellenos de desprecio ante su crimen de desafiar las leyes migratorias del coloso yanqui.

Humillado por su suerte, fue visto escurrirse del aeropuerto de Comalapa con la bolsita de nylon que lo diferencia del resto de viajeros regulares. Le faltaban las tres o cuatro maletas del visitante, dado a gastar dos a cuatro semanas y unos cuantos miles de dólares turisteando en su madre patria. Este no era el típico viajero lleno de cadenas de oro, ropa de marca, reloj Citizen, hablando spanglish, con dólares en su cartera y algo de arrogancia marcando diferencias con sus coterráneos. A él ni los limosneros de la salida se atrevieron a solicitarle contribución; quizás compadecidos de su circunstancia, de haber tenido, bien le habrían dado un par de dólares para el camino.

No era en ese día el único deportado sin récord criminal, pero por su edad madura frunciéndole el ceño y las marcas de la guerra en una de sus cejas, cualquiera diría que se trataba de un tipo violento, fichado en tres o cuatro Estados de la unión americana. Era fácil imaginar tatuajes bajo sus ropas y que en razón de su record delictivo los gringos decidieron purgarle del sistema. Nada más lejos de la realidad de su caso.

Fue en otra fecha de abril, durante una emboscada de Viernes Santo en la Carretera Panamericana que casi pierde la vida cuando una esquirla de granada le marcó en la lista de los lisiados a perpetuidad. Ahora, el legado de lo que constituyó su más heroica hazaña debía ser escondido para no confundirse con los mensajes tatuados en la piel de los gang's members.

No le dolía tanto venir deportado, como el hecho de volver en similares circunstancias que los pandilleros de la MS (Mara Salvatrucha). Mareros reconocidos por su afición al crimen, responsables de aterrorizar a Centroamérica, partes de México y los centros urbanos con mayor concentración latina en los Estados Unidos. Aunque mucho se especula sobre el asunto, no se conoce a ciencia cierta la manera eficaz de contener la expansión de este síndrome mortífero entre la niñez centroamericana.

La derecha oficializada explota el tema como recurso electorero, mientras los organismos de derechos humanos se ahogan proponiendo medidas blandas poco funcionales en la realidad salvadoreña, ¿y la izquierda?, bien gracias; sin propuestas que comprometan su caudal de voto duro. Por ahora no hay expertos ni fórmulas alquimias que devuelvan la

tranquilidad ciudadana; faltan respuestas efectivas y sobra el crimen por doquier.

Ante la saturación de sus cárceles con miembros de las tradicionales gangs en blancos y negro, más la presencia de miembros de la Mara 18 y Mara Salvatrucha, el gobierno estadounidense creó un fast track deportation, proceso acelerado para librarse de esa plaga que consume buena parte del presupuesto correccional. Pasaron por alto los estrategias en crime prevention & law enforcement que esos desajustados sociales van hacia países donde cuentan con estructuras de sustentación bastante desarrolladas y amplio espacio social para accionar.

De ahí que la medida resuene en El Salvador robusteciendo las filas de pandillas locales y su poder de incidencia. Al final, esta clase de deportados y sus discípulos son los mismos que regresando al otro lado del río Bravo fundaron en su camino embriones de verdaderas redes delincuenciales, que asaltan, viola y matan a sus propios compatriotas emigrando sobre trenes de carga.

Esposado y en camiseta desfiló por todo el aeropuerto Dulles, de Virginia, caminando entre cientos de pasajeros, con dos agentes de inmigración que lo custodiaron hasta la cola del airbus. Regresaba limpio, ligado al sobre Manila que los indicados agentes entregaron a la aerolínea.

José miraba a su alrededor, leyendo en los viajeros emociones que no cabiendo en el pecho afloraban en los rostros en forma de sonrisa. Nuestro personaje era quizás el único insatisfecho de estar de vuelta y renegando de su suerte. Cabizbajo para no identificar a los portadores de las miradas de conmiseración y repudio, se le hicieron largas e interminables las horas desde su lle-



gada al avión hasta la salida de la terminal de Comalapa. Más que coartado en su derecho de locomoción por las esposas que una vez cruzado el cerrojo, parecían apretar cada vez más fuerte, adolorido por la marcas rosadas en sus muñecas, se movía desafiando nudos de pensamientos mordaces y emociones adversas, provocándosele un sabor amargo que retorció sus intestinos.

La misma sensación que le torturó tantas veces durante los combates contra la guerrilla y se le repitió el día la masacre en la casita, era precisamente el preámbulo de posteriores convulsiones que le imposibilitaron muchas veces ir a trabajar. Hoy estaba de regreso en un país que dejó de ser suyo y no le era conveniente pasar por tal condición. Sin embargo, contra cualquiera de sus protestas, lo quisiese o no, le conviniese o perjudicara, para su gusto o desagrado, no importando su cuota de remesas, vino purgado por las leyes migratorias y a nadie parecía importarle su estado preconvulsivo.

La deportación nunca fue factor considerado en la emigración del hombre. Se instaló, con planes de quedarse, en esa tierra

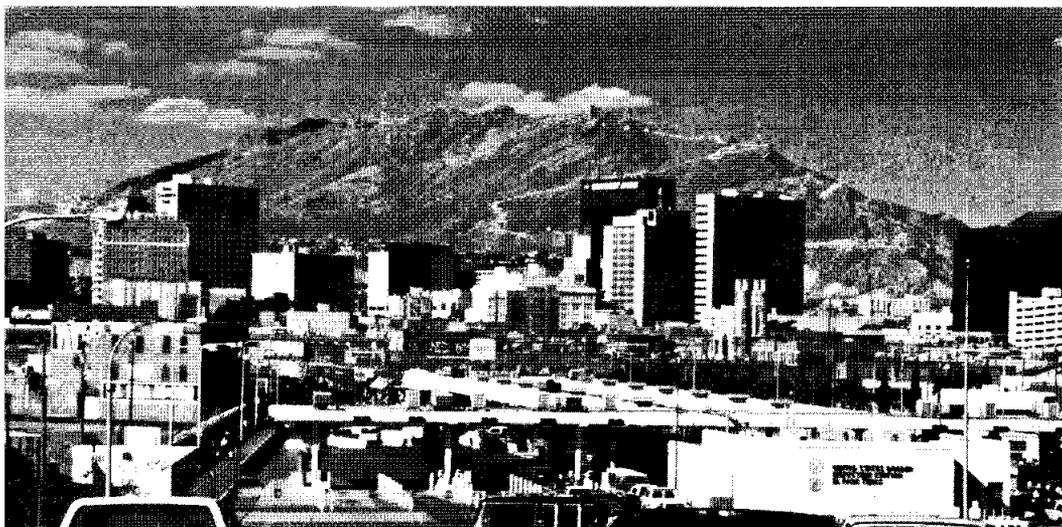
bendita que jamás abrió sus brazos para recibirle. Nunca tuvo plan "b", el de las diule o por si las moscas, así que hoy se hallaba confundido e inseguro sobre lo que debía hacer de ahí en adelante; volver a los Estados Unidos implicaba una nueva odisea, mucho más difícil y onerosa que la primera, luego debía reasentarse, de ahí tratar de moverse invisible para las autoridades, y al final verse forzado a trabajar clandestino bajo la sombrilla de su propia compañía o buscar un nuevo empleo.

Le parecía duro romper con la costumbre de ser su propio patrón, resubordinarse y tragarse que otro chingado le mandara. Temía repetir desagradables experiencias en las que no pudo resistirse al acoso de supervisores. Comenzando por el hindú que por verle chaparrito y buluco le tocó las nalgas, luego el chino que le llamaba a buen cinco para asegurarse que llegaría temprano y el último foreman que se atrevió a gritarle mientras sudaba a chorros finishando un patio de concreto. Al primero le recetó la trompada que le hizo conocer las cárceles y cortes gringas, el segundo se quedó con

el último cheque después de la putiada en español anunciando renuncia, pero fue el último, el de mejor suerte, que se tragó un puñado de mezcla de arena y cemento al tiempo que José le mantenía reducido bajo dos piezas de two by four.

Poniendo su dignidad en primer plano y para evitar bregar de nuevo con situaciones semejantes a los tres conflictos laborales antes relatados, decidió un día lanzarse a la búsqueda de pequeños proyectos y subcontratos. Precisamente allí residía el input de su compañía; no subestimar ningún trabajo, así pareciese insignificante. Fueron ocho meses haciendo de tripas chorizo que al final del día valieron la pena para establecer su compañía.

En tanto se adentraba en la reflexión, el desconcierto le invadía; seguir residiendo en la vieja dirección o moverse de Estado sería otra decisión estratégica que desestabilizaría la vida de todos en casa. Hiciese lo que hiciese, cambiarse de cancha, adoptar costumbres diferentes, hacerse de otros amigos, el relajo de la mudanza, caras y



nombres nuevos y la desconfianza hacia los vecinos se sumaban a los retos por enfrentar. Opciones como usar su identidad real o inventarse una, conseguir documentos chuecos, cambiar de look y el continuo temor a volver a ser deportado desde ya le agregaban estrés.

De otra parte, resignarse con el presente permaneciendo en su tierra de origen demandaba hacer labor de convencimiento con la familia, tal vez negociar ejerciendo presión emocional para que le siguieran su mujer e hijos ya superacostumbrados a la vida en los United States. Aun si los suyos aceptasen la propuesta, la idea de repatriación insistía en presentarle el problema medular. Y es que en su afán por prepararse para la inserción en la sociedad gringa descuidó contar con un proyecto alternativo en la tierra donde botó su ombligo.

Trabajó duro desde el segundo día en que pisó suelo yanqui, volviéndose una combinación de sádico contra sí mismo, desgarrador de su cuerpo en la búsqueda del dólar y masoquista de primera línea, que se satisfacía regresando a casa muerto de cansancio para levantarse muy temprano a repetir la rutina.

Cuanto más dólar ganó, más se enredó en el consumismo del medio.

Nunca pasó por su mente la idea de ahorrar en su país porque consideró preferible esperar hasta el retiro y conformarse con la modesta pensión del Social Security. Por otra parte, tenía la esperanza que una vez despreocupado de los quehaceres de la construcción su condición psicossomática sería superada, que terminarían los desmayos repentinos, los remordimientos de conciencia, las maña-



nas de neurosis injustificada y las noches de ansiedad nostálgica, que a lo mejor entonces olvidaría el olor penetrante de los cadáveres que, para no dejar huella, quemaron en la casa de la mortandad.

IV

Salió del aeropuerto impactado por el mar de gente arremolinada en el área de espera. Antes que palpar de emoción, el corazón de José estaba severamente triste. Esposado y en camiseta desfiló por todo el aeropuerto Dulles, de Virginia, lamentando que a pesar de los años viviendo en el Norte nunca se acercó a lugares famosos.

Debido al trabajo no tuvo tiempo ni voluntad de conocer Niagara Falls, Disney World, the Grand Canyon, museos en Philadelphia, casinos en Las Vegas y otros sitios que algunos de sus amigos decían haber visitado. En su adicción al trabajo, invertía en la chamba no cuarenta, sino sesenta o más horas de la semana, no dejándose espacio para compartir con sus cuatro hijos, conocerlos como amigos, llevarlos al parque,

saborear juntos un helado de vainilla ni ver con ellos el Cartoon Network. Su niño pequeño, el secaleche de la familia, nunca aprendió español y por mantenerse siempre entre cuatro paredes su piel se volvió extra-frágil, tanto que simples picaduras de mosquitos lo mandaban derecho al hospital. De la orientación a sus hijos restantes, ni hablar, para no sentirse un fiasco con su precario papel de padre.

El varoncito de en medio, preadolescente, aspirante a perverso, con la pared del cuarto llena de posters al desnudo y señales satánicas. Este precoz en asuntos pícaros, pero durito tratándose de matemáticas, ciencias y lectura, fue amenazado con expulsión de la escuela si no paraba de masturbarse a la salida de los baños de niñas. Amy, la única hembra de su cosecha, era toda una pécora, conocidísima por sus revolcadas con medio centenar del student body de su high school. Para acabar de remachar la bronca, un día que regresó temprano del trabajo encontró a todos sus hijos, menos al último, fumando mota en el parque próximo a la casa.



En el esmero del hombre por proveer para las necesidades y lujos materiales de la casa se dedicó a sacar hasta la última gota laboral a cada día; madrugaba al trabajo, dejando a su mujer anhelando orgasmos y regresaba al caer la noche, superdesfallecido, sin más ánimos que cenar, hacer las llamadas de rigor para organizar los trabajos del siguiente día, y de ahí relajarse por media hora frente a la tele. Luego, bañarse y buscar la cama; literalmente a dormir, sin importar que su frustrada mujer alcanzara la medianoche mirando las novelas de UNIVISIÓN.

Ella, quien nunca botó el olor a monte, con su hablar puramente campechano, al oírle proponer el regreso a la madre tierra seguramente se pondría histérica, quebraría cosas, lo insultaría, lloraría a mares y juraría que ese día nunca llegaría, que no está en su corazón retornar a esa tierra ingrata, lugar de malos recuerdos; donde nació pobre, creció con limitaciones y sin perspectivas de mejora, se casó con el cuarto hombre que rozó su himen y casi muere de hambre con el sueldo de su marido soldado.

–“Primero muerta que regresar; una patria así no amerita lealtad”, pregonaba sin inmutarse.

Aceptó contra sí mismo su culpabilidad por omisión; por procurar dólares desperdició oportunidades con los suyos, los relegó a piezas movientes de la casa, adornos y propiedad que hoy por hoy extrañaba. No disfrutó el crecer diario de sus hijos ni las veces que su mujer se maquilló esperándole con propuestas sugestivas de velada. Se esfumaron en blanco los días cuando sus niños necesitaron asistencia con la tarea y la conversación oportuna cuando

su hija tuvo su primera menstruación. De poder retroceder las horas balancearía el trabajo con el tiempo cualitativo que los suyos en rebeldía demandaban.

Ebrio de ganas de trabajar, la mayor parte de la vida de José se resumía de lunes a viernes en los subcontratos de la Clark, una de las más grandes compañías de construcción del área metropolitana de Washington. El resto de su existencia devoraba los fines de semana colaborando con Raúl su amigo del alma, quien conocía cómo aprovechar las habilidades del paisano en proyectos de remodelación. El sábado, por cierto único día en que regresaba a casa antes de las ocho de la noche, contrario a compartir con los suyos, ordenaba se asaran veinte libras de carne de res para acompañar las cervezas, al lado de su grupo de amigos de confianza, incluido Raúl, su uña y carne.

No faltó más de alguno que le vomitara la alfombra de la sala y otro que buscara bochinche después de la docena de Coronas. Hubo un compatriota, que creyéndole fondeado tocó las nalgas a la esposa del anfitrión.

- Sirvo las boquitas no porque esté ofreciendo el fundillo, semejante hijo de la gran..., contraatacó verbalmente la mujer.
- Es que con esas curvas y yo sin frenos... replicó el abusivo.
- A mi mujer se le respeta tal por cual, gritó en su bolencia nuestro personaje.
- Entonces que tu peperecha no me provoque mostrándome media pechuga y los cortes del bikini, ni que tampoco me ponga las tetas en el lomo para insolentarme, prosiguió el tipo.

En un par de minutos la celebración se tornó beligerante, armándose tremenda tri-



fulca que solamente pudo ser disuelta por tres patrullas de policía. Todos los adultos presentes, exceptuando la prima (de la que nos referiremos luego), fueron esposados y llevados en la perrera. Pasado el incidente y bajo los efectos de la goma moral, el hombre se comprometió consigo mismo y luego juró a su familia no volver a traer más bolos al hogar. La mujer, por su parte, aceptó que no estaba bien sonreír con sana coquetería a cualquier intoxicado de alcohol. Dio además su palabra de usar siempre sostén y ropa no tan ajustada que despertara la malicia en invitados potenciales. Ambos, como era costumbre, incumplieron la respectiva promesa en las siguientes dos semanas.

Se preguntaba por qué nadie puso paro a su abuso del alcohol, renegando de la clase de ejemplo que dio a los suyos. La música de banda amenizando las reuniones y las conversaciones joviales, llamando a cada

cosa sin eufemismos formaron a sus niños en el calor más actualizado de la construcción. El padre tomaba sin reparos frente a la curiosidad de sus hijos.

Eran noches de sábado largas para la familia. Había que desvelarse hasta la madrugada, aguantando las barrabasadas discutidas por los borrachos. Entre otras, el recuerdo de la casa masacrada se redescubría en la plática de la medianoche. Había veces que el hombre terminaba con los ojos hechos agua, maldiciendo sus años de servicio militar, en otras aceptaba lo ocurrido como efectos normales del conflicto, y de cuando en vez, se ponía tenso, tembloroso, presa del mareo y colapsaba sin cerrar oficialmente la celebración.

Los médicos sugerían que se trataba de un raro síndrome que con el stress movía al desmayo. El padecimiento no era mortal, pero se recomendaba cuidado de que el hombre no perdiera el conocimiento sobre algo que lo lesionara. Dispensando los inconvenientes,

para evitarle que decidiera emborracharse fuera de las faldas del hogar, nunca se le prohibieron las parrandas en la casa.

No por percepción sobre el interés superior del menor, si acaso por resquicios de pudor, la madre decidió que sus hijos no deberían estar demasiado expuestos a la tertulia sabatina, así que les compró computadora, juegos electrónicos, películas en DVD, los CD y esparcimientos virtuales que los mantendrían aislados de ese contagioso medio. Mientras, el padre departía, el hijo penúltimo encerrado en su cuarto disfrutaba de la oferta erótica en sitios virtuales para adultos, habiéndose inventado una identidad de veintitrés años para registrarse en lugares no aptos para su edad.

La dedicación e ingenio del cipote le llevaron a descubrir antes de alcanzar la adolescencia que el sida es un mito inventado por los puritanos para privar al joven de los placeres naturales de la carne, que amor con



una pizca de sadismo hace del acto íntimo un momento memorable, acelerando y profundizando la eyaculación; que los genitales al igual que los músculos, cuanto más se ejercitan, tanto más se desarrollan; que tamaño sin técnica insatisface igual que la eyaculación precoz. Navegó noches enteras en el mundo de las webcam, conoció que la marihuana no produce sobredosis, elaboró su propio listado de contactos de sexo casual seguro en su zip code, bajó música pirateada, se conectó con hackers en Hon-Kong, mandó miles de correos sensuales a sus compañeritas de clase, por último arruinó el disco duro de su PC intentando reenviar un virus que recibió.

Mientras el susodicho menor se empapaba de basura virtual, la hija chateaba con enamorados de myspace. Así, la chica conoció a sus últimos cuatro novios; el peludo con tatuaje en el órgano viril, el señor de cuarenta con experiencia en estilos exóticos de hacer el amor, el musculoso que al pasar del clímax le confesó poseer tendencias bisexuales, y el novio de hoy, de lunar cubriendo tres cuartos de sus testículos.

Todos ellos tenían en común la devoción por sus camanances y cada uno degustó en su momento la punta de sus pezones. Lo mejor era que también gracias a la Internet pudo aprender sobre técnicas de sexo oral, afrodisíacos, maneras de interrumpir la menstruación y ante todo, descubrió la píldora del siguiente día, alternativa útil que la sacó de varios apuros...

V

Salió del aeropuerto impactado por el mar de gente arremolinada en el área de espera. Antes que palpar de emoción, el corazón de José estaba severamente resquebrajado. Se preguntaba por qué nadie puso paro a



su abuso del alcohol, renegando de la clase de ejemplo que dio a los suyos. Extrañaba el hogar por el que tanto luchó en la vida, hoy a miles de millas de distancia y que era solo otro hogar normal, ordinariamente normal; normalísimo al colmo de aburrir.

Hasta entonces pudo darse cuenta que algo faltaba en su casa para darle llenura. Mas que los muebles y el televisor pantalla gigante, o el stereo con home theater sonando a todo mecate, o los vehículos altivamente expuestos en su driveway, o los colores, adornos, y pinturas de la sala, su morada reclamaba cuotas de vida, calor doméstico, una que otra bromita tonta rompiendo la monotonía, muestras de afecto, compartir en familia; todas esas cositas insignificantes que acumulan retazos de felicidad.

José como muchos de los emigrados se enorgullecía de su aposento, materialmente envidiable, pero falto de encanto; obra artística en constante renovación que se dio



el lujo de adquirir antes de su construcción y la que mas adelante modificó, adornó, le mezcló colores, y amuebló de acuerdo a ejemplos tomados en cada open house que se atravesó en su ruta. No obstante la fineza en el gusto, su morada, en sentido estricto, venía a ser un conjunto imperfectamente ligado de seres, momentos y objetos; solo la presencia del hombre conectaba aquel hogar hispano de familia extensa, incluidos los abuelos que en los meses del verano venían desde el El Salvador. Ni los cuentos de camino real de los viejitos podían rellenar el vacío existente, ni romper con la tediosa rutina enquistada entre drywal y siding. Más que las paredes, la familia entera se condenó a la falta de cambios.

Todos parecían nacidos para levantarse en la mañana, arreglarse, salir al trabajo o la escuela, llegar de regreso, chatear y llamar por teléfono, comer antes de lavarse los dientes, pegarse por un rato al televisor, acostarse y volverse a levantar para seguir consumiendo el tiempo hasta que la muerte o el destino impusieran alguna variante. En ese cobijo de casi extraños nada parecía excitante transcurriendo los días fastidiosamente largos, con todos afanados en repetir las mismas prácticas. Eran días secos que acontecían sin detenerse a reelaborar la existencia, ni darle nueva dinámica a las relaciones intrafamiliares.

La felicidad en el hogar, el bienestar de su familia, la compañía de remodeling, que venía a constituir la vertiente del patrimonio familiar, pero ante todo los hijos; únicos por los que la pareja decía luchar resumían la causa de la desmedida dedicación al trabajo. A pesar de los esfuerzos enrumados en una sola dirección, el hogar; ese nudo de inmigrantes protegidos bajo el mismo techo incorporaba más individualidad que sentido de familia.



De no ser por los lazos sanguíneos y la figura patriarcal no se encontraría entre ellos otro punto vinculante. Fuera de compartir la cocina, los muebles de la sala, trastos y cubiertos, baños y servicios sanitarios, cada uno vivía su propia vida, se movía conforme a su agenda personal y decidía lo que le venía en gana. Fue precisamente el no tener reglas rígidas la regla implícita en la casa. Para no quedarse burlado por su falta de mando, el hombre se jactaba públicamente de ser un padre proveedor y tener la última palabra en los asuntos de la familia, más con un par de copas raspando su hígado el tipo reconocía ante Raúl, su amigo íntimo, carecer de la hombría necesaria para recuperar la autoridad de progenitor y marido.

José, padre y cabeza de familia, descuidó el rol ganado el mismo día en que con su mujer y descendencia se dispusieron a la aventura de separarse temporalmente para luego reencontrarse al otro lado del Río Bravo. Unos veinte años atrás, a finales de los 80 cruzó al Norte sin papeles, ignorando el

idioma, endeudando al alma; pero abierto a que el destino le permitiese devengar cuanto fuese útil para el porvenir de los suyos. Su prioridad de entonces era emigrar a los que quedaban pendientes de expatriación.

Después de tres semanas de travesía llegó a Los Ángeles, California, colmado de ilusiones y proyectos, prometiéndose que sus hijos existentes y no nacidos jamás pasarían por penas monetarias parecidas a las suyas. Quería darles todo lo materialmente necesario para que no surcaran en las penurias y privaciones que permearon su infancia. Los soñaba creciendo robustos, bilingües o políglotas, highly gifted, graduándose de doctores, abogados, ingenieros o de perdidas que tomaran eventualmente las riendas de su empresa.

A consecuencia de haber decidido abandonar la patria el hombre ahora ganaba buen dinero mediante su trabajo en la construcción, sus jugosos ingresos le permitían darse el lujo de poseer una casa grande



y bonita, tres vehículos, muebles finos, closets vomitando ropa de marca, un master bedroom con jacuzzi incluido, bar en el basement y el televisor de treinta pulgadas en la sala principal. Lo tendría todo de no ser por dos cosas que aún no superaba; la primera venía a ser su inglés tarzaneado con el que, cometiendo errores garrafales de gramática, se comunicaba eficientemente de tú a tú con los clientes no latinos. El segundo motivo que le robaba neuronas era su sueño de volver a la tierra donde abrió por primera vez los ojos, comprase un terrenito en zona fértil, y hacerse de un hato de ganado, docenas de cerdos y cientos de gallinas indias.

Quería estar de vuelta en su cantón para morir de viejo, que su velación ocurriese ahí por octubre, época propicia para devolver al creador su hálito de vida, agonizar acostado en una hamaca de pita bajo el corredor de su casa, entre el olor a yerbas de escobilla y cuatro palos de amate mecidos por la brisa del iniciante ve-

rano. Medio afogonado por las cervezas, siempre comentaba de su casita al pie de la loma; es decir, la choza de bahareque donde creció, los palos de mango liso en el patio de la casa, el zacate jaraguá donde pastaba el par de vacas lecheras que por cierto vendió para emigrar a su esposa e hijo mayor. Añoraba volver a bañarse con los colores difusos del amanecer campirano, pasar entre la milpa con matas de tres mazorcas y un jilote, revivir a sus nietos las historias de sus cuatro años sirviendo en el ejército y deleitarse con el aroma de las quesadillas de arroz.

Al sentir como las ironías de la vida le colocaban de regreso en circunstancias fuera de su control, cuatro gruesas y saladas lagrimas le rodaron por el pegue de la nariz hasta confundirse con la humedad de sus labios. Todo era distinto a lo preaprendido. Lejos de cómo lo evocó una y cien veces, la realidad de su suelo patrio se le presentaba riñendo con la vieja descripción que todavía conservaba; definitivamente su país se extralimitó en cambios exageradamente.

Le faltaba moverse por la ciudad, pero de antemano respiraba esa sensación de saberse extraño en su propia tierra, desajustado en su medio social, por el que sin medir las consecuencias de su entrega estuvo dispuesto a ofrendar la vida mientras fue soldado (subsergente, para aclarar) y en el que todos parecían olvidar acerca de su proeza.

Esa no era la forma de recibir a un veterano de la institución castrense, héroe de la pasada guerra civil, que combatió fiero defendiendo del comunismo a su gente; un titán que en su nueva misión de hermano lejano contribuía al envío de los dos o más billones de dólares en remesas anuales, sin las que su país se moriría de hambre.

No sabiendo cómo reaccionar ante el nuevo diseño del viejo escenario, entre molesto por los cambios y entristecido por su tragedia, solo notaba que algo andaba mal, sin entender si ese medio no le ajustaba o era su persona la que ya no cabía.

De nuevo le llegó la sintomatología que por infinidad de días le venía aquejando; comenzó a sudar a chorros mientras su fornido cuerpo tendía a temblar con un frío fúnebre que le afligió. Sentía los pies flojos, un vacío en la boca del estómago y sabor amargo en el paladar.

Por un instante se transportó al rancho de sus remordimientos, miró la sonrisa maquiavélica del teniente, el cuello cortado y vaciando sabia de vida en uno de los niños, el comal colgado chispeado de sangre, la chinchorra rota al centro, la cama de cordel tapados por un viejo petate a un lado de la puerta, el cántaro quebrado sobre el tapasco y el chorro de agua salida de éste. El oficial recargó el M-16 y disparó los treinta cartuchos de la ráfaga contra los cuerpos ya de por sí aniquilados. Hasta los perros de los alrededores dejaron de aullar para dejarle otra vez desplomarse sin pedir la venia del oficial al mando.

VI

Salió del aeropuerto impactado por el mar de gente arremolinada en el área de espera. Ausente por más de una década, ahora volvía a la tierra que lo parió, no como lo esperaba en sus planes previos. Siguió caminando entre la masa humana como escondiéndose de caras conocidas, pues le avergonzaba su condición de deportado; deseaba salir cuanto antes de ese entorno turbio a que lo forzó el destino, para evadir frases o comentarios que pudieran herirle.

Ya afuera, quiso tomar control del terreno. Se paró justo al centro de la acera, sofocado por la fuerte corriente de aire caliente que, habiéndole esperado por todos esos años de alejamiento, le salió al encuentro con violenta bofetada.

La temperatura del ambiente era insostenible; el cuerpo parecía deshacerse en agua; extrañaba el aire acondicionado de su casa y las cervezas heladas que nunca faltaban en su refrigerador. Añoraba también la familia y sus peculiaridades, la bulla de los hijos argumentando a buena mañana y el camisón rosado, transparente y terso de su mujer viniendo despeinada a servirle el café. Como lo dijeran algunos de sus empleados, la vieja todavía tenía sus esquinitas buenas y motivaba un par de rounds. El saber que su esposa era codiciada le mataba de celos, pero a la vez llenaba su ego; tener una mujer apetecible le enorgullecía.



No fueron fáciles aquellas semanas en la cárcel. Su vigor desmejoró en tanto estuvo preso, sintiéndose debilitado por la inapetencia; desgano que se profundizó al presenciar las medidas poco higiénicas al preparar la comida. Agobiado por su tos de perro, chorriazón de mocos, escalofríos, acides estomacal y diarrea continua, con los ánimos por el suelo, apaleado por el destino y la salud cada día más jodida en alguna de las noches consideró suicidarse. No se mató para no dejar a los suyos las cargas del sepelio. Al final, siguiendo vivo sería probable reasentarse eventualmente en el seno de la familia.

Tosía, con una tos seca que raspaba su garganta. Presentía que su temperatura rebasaba los treinta y nueve grados, que perdió al menos veinte libras de gordura, que las ojeras le crecieron buscando escuchar alguna respuesta al nuevo reto. Pensar en su esposa revivía un área de su ser que por algún tiempo colocó en segundo plano; le remordía no haber hecho el amor a su mujer las veces que estaba seguro le provocó y



él se hizo el suizo. Ahora sufría la falta de su media naranja, enfermo y a la vez excitado, atacado por dolencias y el clima adverso intentando superar sus deseos viriles.

Ni en los dos meses de cárcel, previas a la deportación sintió tanto calor, como en la cárcel, un calor espantoso que solo ignoraba al caer absorto, extrañando a su familia, principalmente las piernas cheles y torneas de su esposa, madre de todos sus hijos, por la que ahora suspiraba cual nunca antes. Rosa su mujer conocía cómo atenderle cuando el raro mal reaparecía.

Eran su medicina toallitas mojadas, agua de orégano, tylenols, hielo bajo la almohada, palabras de aliento, caricias peinando sobre su cabeza, en tanto reposaba al centro de aquellos bustos.

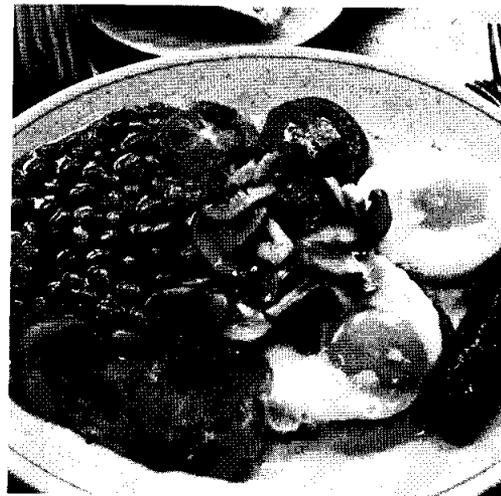
Más allá de su cuestionada vida sexual, contaba con un lumbo de esposa; vieja y buenota, salvaje en la cama y trabajadora, muy trabajadora. Rosa era una mujer de garra, a la que aprendió a respetarle su independencia. Sumisa, introvertida, penosa y hogareña mientras vivieron en El Salvador, y a estas alturas tornada liberal, lujosa, feminista y coqueta. Ella llegó a Maryland cinco años después que él, tras tres meses y medio de estadía temporal en México. Se rumoraba que en el camino se enredó con uno de los coyotes encargados del grupo y fingiendo que el paso al otro lado estaba difícil, se quedó en Matamoros por tres períodos menstruales. Un día reflexionó sobre su desatino, decidiendo llevar anclas para encontrarse con el angustiado esposo que al otro lado la seguía esperando.

El esposo supuso todas las revolcadas de su mujer en los hoteles del otro lado, más nunca tuvo valor de reclamarle para

no arriesgar la estabilidad del hogar. Siendo honestos; hablando a calzón quitado, se la dejó pasar porque la amaba y porque él también tuvo su amorío con una chapina con la que convivió por dos años hasta que lo abandonó por un querido de pelo en pecho. Los resultados de aquel idilio: quince mil dólares perdidos, mejor dicho guardados a nombre de la amante en una cuenta de ahorros en un banco de Guatemala más las lágrimas por un hijo abortado voluntariamente en el cuarto mes de gestación y los respectivos gastos del tratamiento. Desde entonces aprendió que las relaciones extramaritales no son sólo dispendiosas, sino que también duelen al fondo del alma. No quedó convidado a repetir la hazaña.

Rosa, decía el enamorado esposo, era diferente a todas las otras mujeres; con un altísimo grado de moral, nacida para estar al lado suyo y morir con él. Lo que el hombre ignoraba era que su hoy católica y devota compañera de vida a sus cuarenta y dos todavía se daba ciertos deslices ocasionales con jóvenes dos décadas menores. Pécora, pero muy discreta, tanto para guardar su reputación, como por respeto al marido. Superado el incidente en México, él jamás dudó de su honorabilidad, ni tuvo asomo de sus amores clandestinos durante la dejó en El Salvador. Seis amantes simultáneos, muy bien alimentados con los dólares enviados por el marido, rumores entre los vecinos, dos abortos fallidos y uno provocado quedaron enterrados con el viaje de la ejemplar esposa hacia los Estados Unidos.

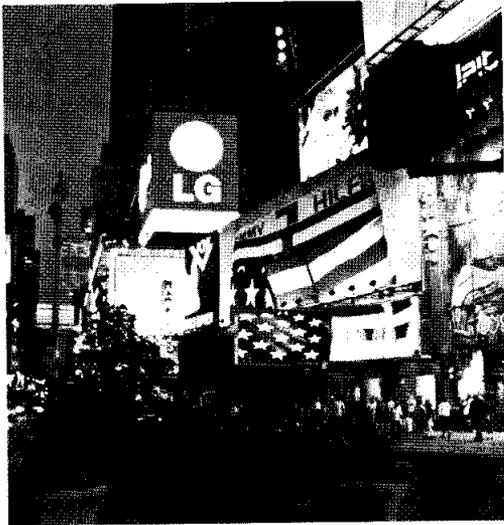
Pero como a cada quien lo que sea de cada cual, para satisfacción del hombre, la vieja era un burro para trabajar; madrugaba a la dryclean de los coreanos y regresaba cuando el sol se había marchitado, con



doce o más horas apuntadas en su récord de trabajo. Ocupaba los sábados para limpiar y arreglar la casa, lavar, planchar y comprar la comida; luego, los domingos en la misa de las once, después paseando en shoppings tomada de la mano del esposo o seguida por algún amigo, y al final del día preparando el lunch del lunes. Durante la semana empleaba las tres horas previas a la medianoche para cocinar la comida del día siguiente, hacer tortillas y disfrutar las novelas de UNIVISIÓN.

Para ocultar sus escapaditas a la discoteca, uno que otro fin de semana decía ir a dormir donde su hermana Dora, con cuya complicidad guardaba vestidos extravagantes, maquillajes y teléfonos de amigos a los que llamaba para desenfrenarse entre música, baile sensual, mojitos cubanos, manoseos de desconocidos y adulterio ocasional.

Uno de los incidentes poco grato en la vida de la pareja que no pudo encubrirse entre el círculo de amistades y familiares, fue cuando su mujer conoció (en sentido bíblico) al peruano de ojos amarillos; un bato de



esos que hablan bonito, vestía Pierre Cardin y chaqueta de cuero y quien sorprendiéndola con la labia de un vendedor ambulante aunada a la fortaleza viril de todo un semental, la convenció de fugarse en viernes por la noche. Segura que era tiempo de sustituir al desgastado marido por el hombre de su destino llamó al esposo para plantearle que en vista de su carencia de tiempo hacia ella, dados los afanes del trabajo, prefería instalarse en otro nido y emprender el vuelo con este vigoroso gorrión frente a cuya figura no necesitaba afrodisíacos.

No pudieron disuadirla las lágrimas, los ruegos, ni el desfile de llamadas al celular de padre e hijos suplicándole no dejarles. La mujer prosiguió con firmeza en su decisión de darse la oportunidad de su vida. Y como ningún noviazgo es eterno, pasada la embriaguez erótica, una noche al regresar del trabajo con flores para su amante, Rosa encontró que la esposa del Romeo había vuelto del largo viaje a la costa peruana. Mes y medio le duró la ilusión, teniendo que llamar al esposo. Llorosa y cándida le planteó haberlo pensado, que era injusto

castigar a los hijos con semejante exabrupto, así que no por él ni ella, sino en aras de la unidad familiar, estaba considerando volver al hogar, siempre y cuando él prometiera no reprocharle sobre este particular incidente en eventuales desavenencias. Sería por amor, por bruto o por la conveniencia de criar juntos a la prole, el asunto es que terminaron con el marido pidiendo perdón y suplicándole que regresara de inmediato. Así repitió la historia de volver a retomar su rol en casa, altiva y campante, sin dar señales de arrepentimiento.

VII

Salió del aeropuerto impactado por el mar de gente arremolinada en el área de espera. Parado en la acera no se recuperaba del choque contra la nueva realidad de su país. En algún instante hubo de titubear antes de encontrar la salida hacia la calle, pero salió con paso firme, sosteniendo la bolsa de nylon en la que portaba dos camisetas, un blue jean, dos calzoncillos, un par de sandalias y el Nuevo Testamento que le regalaron en la cárcel.

Esos predicadores evangélicos son como garrapatas; pasan por los centros de reclusión entregando copias del Nuevo Testamento y una vez te echan el ojo comienzan el adoctrinamiento. No te dan agua repitiéndote que Cristo te ama, que dio su vida por ti, que solo necesitas creer en él para salvarte del infierno, en fin, te atiborran de Biblia y testimonios de convertidos, luego sin que lo notes te critican sin paños tibios, inculpándote de tu misma desgracia. Por último aceptas que estás caído cual escoria y terminas con los ojos cerrados, saturado de remordimientos de conciencia, llorando a mares y clamando al Padre Eterno que te perdone por los pecados que recuerdas y

los que ya olvidaste, las faltas que quisiste cometer y las que pudiste haber cometido sin darte cuenta. Una mañana de domingo, estos hermanos llegaron como de costumbre hasta su centro de detención y hallándole deprimido le torcieron la voluntad para que aceptara el plan de salvación. Ahora dudaba si lo que pasó en realidad fue por fe o para quitarse de encima a los insistentes evangelistas. Mito, seudoficción o la pura neta, el caso es que entre sus colegas de prisión, algunos habían sido transformados por esa ola pentecostal y ahora antes que armar rencillas o imponerse bravucones, no hacen más que predicar el evangelio a sus camaradas, oficiales y visitas.

La mañana de su cuestionada conversión amaneció con los ánimos por el suelo. Y es que en la larga noche que precedió su mente estuvo clavada en la casa. Sin saber si soñó, se teletransportó o si sufrió descompensación de la realidad; miró a todos en la sala, con los rostros largos, vomitando frases de lamento por su detención. Ahí también estaba su amigo Raúl, puesto a la orden para lo que se ofreciese. Después todo quedó oscuro y al siguiente parpadeo se remontó a la casita de la masacre. Volviendo en sí de su desmayo preguntó si acaso lo último que creyó haber visto y oído no fueron sino productos del ataque epiléptico.

No le importaría que el lugar donde sucumbió fuese el mismo, mientras las muertes inocentes no hubieren ocurrido. Enmudecido por la impresión, rechazaba lo que topó contra su vista; el yatagán del sargento de su sección se erguía clavado en el estómago de la preñada y la cabeza del viejo hubo rodado hasta sus pies. Deprimido por los recuerdos, pidió perdón al Santísimo y a las mil vírgenes por las balas que disparó antes de entrar a la vivienda. Le dolía la mo-

llera, se le hincharon los ojos, la saliva se le amargó y esa noche se alargó en exceso, no habiendo sido capaz de conciliar el sueño sino hasta entrado el amanecer. A buen seis de la mañana despertó temblando de frío en la calurosa celda, se hincó con esfuerzos y como no sabía orar se tragó la profunda necesidad de desahogarse ante Dios.

Pasado el respectivo chequeo de aduanas y del récord criminal ante los agentes de INTERPOL, logró moverse sin trabas entre la multitud que ansiosa juntaba las miradas contra el único punto de evacuación de pasajeros en el aeropuerto de Comalapa. El tumulto se parecía en cierto modo a las fiestas patronales de su pueblo. Viejos con sombreros y reloj Citizen mostrando las hendiduras en sus rostro y cuello, niños chineados, otros haciendo sus primeros pinitos tomados de los brazos de alguno de sus padres, luego las manadas de cipotes que seguían por orden de edad hasta los más robustos; esos que quizás ya no recordaban cómo eran sus progenitores alejados



en la búsqueda del dólar. Él también tenía un hijo en El Salvador o asumía tenerlo de su tiempo en el servicio militar. Mientras estuvo destacado en la costa usuluteca se enredó con una muchacha a la que abandonó conocido el embarazo.

No volvió a buscarla para evitar las responsabilidades de la paternidad; sin embargo, antes de emprender el viaje decidió visitarla no fuera que más tarde apareciese reclamando cuotas alimenticias no pagadas. Las segundas razones de la búsqueda serían los díceres de uno de sus antiguos camaradas del cuartel, quien le comentó haberlo conocido en un torneo de fútbol y juraba le salió su vivo retrato. La última y no menos importante razón era ese sentimentalismo que se apodera de algunos, previo a partir a tierras lejanas, no sabiendo lo que le esperaba por el camino, ni lo que pasaría al otro lado de ser un viaje exitoso, tampoco



estaba seguro que volvería. Verla al menos por una vez evacuaría ese pendiente.

Tres días antes del autodesierto al Norte madrugó a tomar el bus que lo llevaría a la costa usuluteca. Para su sorpresa le informaron que Lorena, como se llamaba la bicha que él tuvo la dicha de hacer mujer, se trasladó a la capital sin que nadie supiese exactamente de su paradero, oficio y demás detalles. Le contaron que el día de su traslado a San Salvador caminaba acompañada por un hermoso niño de dos años y medio, ojos cafés como los suyos, al que bautizaron con su mismo nombre.

Una de las cosas que más le mortificó de ahí en adelante y que nunca compartió con nadie, mucho menos con su esposa, fue ese remordimiento de padre irresponsable, que renunció a su suerte al primer fruto de sus espermas. ¡Cómo deseaba conocerlo, abrazarlo, pedirle perdón e iniciar un nuevo capítulo afectivo con ese producto de su sangre! A lo mejor la deportación lo devolvía a su tierra para darle la oportunidad de hallarle, ofrecerle el anhelado abrazo y de allí partir en una estrecha relación paternal.

A pesar del abandono de su primer hijo, sentía ser un padre proveedor. Desde el nacimiento hasta su adolescencia, se había sentido orgulloso del hijo mayor, el segundo para ser más exactos, dada la existencia del desaparecido. Este su muchacho, nacido a los seis meses de matrimonio, sano y robusto, piel oscura cual la suya, salvo que el retoño no aguantó los fuertes soles que el padre tuvo que pasar durante la niñez, trabajando en el campo para ganarse la vida. Bueno, como sea, este cipote no le salió pecho inflado como él y los parachutes de la Fuerza Aérea, sino hombros caídos y pelo de rancho, muy distinto al suyo, semejan-

te al de Ramón, uno de los hijos mayores del hacendado del caserío y para rematar tirándole a tartamudo igual que el susodicho. Los primeros años de vida de Nicolás, como bautizaron al retoño, distaron de manera positiva de los suyos. La niñez de José sí que fue dura, a los doce años trabajando junto a los adultos por la mañana, ya que la tarde pertenecía a la escuela. Así aprendió a leer y a soñar con la superación.

Con todo lo dicho, su varoncito salió cascorvo, a diferencia del papá y por ahí decían las malas lenguas que de no saberse la paternidad se le atribuiría al propio Ramón, amigo de la familia que sirvió de mensajero cuando José andaba cortejando a la Rosa. Ese primer hijo (técnicamente el segundo), no sufrió lo arduo de las labores agrícolas, sin embargo, a sus dieciséis años se aburrió de esperar el envío mensual de remesas, pidiendo a los padres que lo mandaran a traer de inmediato so amenaza de emprender el viaje por su cuenta.

No lo tomaron en serio hasta que hubo partido, solo, de repente, con cincuenta dólares en el bolsillo. En el camino consiguió trabajo por un año en Guatemala, de ahí avanzó otros cuatro meses a Méjico donde cargó bultos en una terminal de trailers. Jugándose más tarde la aventura de polizón en los trenes cargueros, logró cruzar por Phoenix, estado de Arizona. Pidiendo aventón llegó a Maryland y precisamente cuando rezaban por el aniversario de su muerte presunta, se presentó al apartamento vivito y coleando.

Nicolás o Nico para decirlo en corto, engendro de la aventura, siempre fue un muchacho muy precoz, aprendió a leer a los cinco años, a los diez trabajó a escondidas arreando ganado unas veces para el tiangue y otras

para cuatrerros, probando las bielas o cervezas una vez recibido el primer salario. A sus veinte abriles conocía prácticamente de todo; variedad de drogas, tragos que iban del whiskey al alcohol puro, prostitutas de diferentes precios, colores y tamaños, cárcel por driving under influence (DUI), dos deportaciones consecutivas, tatuajes extravagantes dibujados por él mismo bajo la influencia de sustancias alucinógenas, e incluso un par de sesiones de éxtasis en colectivos bisexuales.

Terminada su high school decidió parar los estudios y aunque tampoco trabajaba siempre andaba algún dinero en los bolsillos. Contaban los conocidos que a veces lo miraban entre miembros de la Mara Salvatrucha, una pandilla a la que desde su tiempo en El Salvador soñó pertenecer. Obtuvo la residencia permanente luego de la petición de su madre y con motivo de ciertas felonies le fue revocada por las au-





toridades de inmigración. El padre siempre quiso hablar con él, pero nunca cultivó la confianza que propiciara tal plática, además su trabajo le robaba el tiempo necesario para esa reunión.

VIII

Salió del aeropuerto impactado por el mar de gente arremolinada en el área de espera. ¿Que valor tenía ahora la vida, alejado de los suyos y sin el afán del trabajo de la construcción que llegó a ocupar más del setenta por ciento de la razón de su existir? Independientemente de haber nacido allí, El Salvador ya no era su país, dejó de serlo desde que lo obligó a emigrar, carecía de atractivo para quedarse, ni siquiera sus calles lucían limpias, el smog estaba más contaminado que en Maryland, la gente lucía ordinaria, desnutrida y burda, todo se presentaba más compacto y desgastado que en los Estados Unidos.

Esta caja de fósforos tan pequeña como el estado de Delaware ya no era su tierra sino un remedo de territorio donde ejercía dominio el subdesarrollo.

Parado en la acera no se recuperaba del choque contra la nueva realidad de su país. Entre las mujeres, maquilladas para la ocasión, unas vestían el tradicional vestido de un solo fondo, mientras que otras parecían estar a la moda; americanizadas al punto de exponer el ombligo y los tatuajes arriba de las nalgas.

Miró también aquellas de entre las más coquetas, que influenciadas por las telenovelas, mostraban desde la piel de los hombros hasta el borde de los bustos; no importaba el tamaño, sino la provocación. Y en esa congregación de tetas, desfilaban pechos de todas las tallas y formas; los largos, filosos y caídos por el manoseo; otros redondos e inflados como queriendo romper el sostén; por ahí algunos pezonudos y deformes, acostumbrados a lactar luego del clímax; además de los pequeños, planos y ultra discretos, infradesarrollados a pesar de la vida paseando por muchas bocas; y por ahí también aparecían los medianos, puntiagudos, bien dotados de carne, embusteros igual que los de su mujer; esos que mojaban las ganas y se enrojaban al roce de su lengua.

De ver lo que pudo e imaginar el resto, se excitó sobremanera recordando las escenas eróticas en su lecho matrimonial. Por los asuntos del trabajo, siempre regresaba más exhausto que presto a cumplir con el deber de intimidad en su relación conyugal. Presintiendo sobre su falla, a veces mientras dormía sentía que una mano le acariciaba suavemente los bordes del pecho, bajando despacio por la boca del estómago, hasta terminar cogiendo sus genitales cual si fuesen un gajo de mangos. Pero ni con eso levantaba vuelo; antes que excitarse, lo fuerte del cansancio le impedía despertar para complacer a la frustrada mujer que pasado algún tiempo empezó a cuestionar la virilidad de su hombre.

Por la tradición de no discutir ese tipo de temas, muy marcada en las familias latinas, optó por no presionarlo, acostarse con la ropa puesta y dejar que las cosas pasaran a suceder un par de veces al mes. De ahí la necesidad de opciones alternas en los bares y discos. Si bien, cuando el acto ocurría, sería por el rebalse de energía afrodisíaca, y aunque disfrutaba de su marido, se inhibía de realizar ciertas locuras y fantasías sexuales aprendidas en otros contextos. No quería ser juzgada de cola caliente y despertar los celos del esposo, quién parecía falto de preparación para entenderle sus deseos desenfrenados.

Dicen que no hay mal que por bien no venga; así que el encierro le ayudó para recuperar los bríos gastados en la construcción. Los dos meses previos de cárcel sin visitas íntimas despertaron en el hombre deseos incontrolables de sexo casi como en los días de su juventud. Durante sus años mozos, en cada licencia del servicio militar acostumbraba frecuentar los burdeles y pasar revista al staff. De puerta en puerta

en aquellos antros, borracho y buscando la válvula o vulva de escape a sus emociones contenidas por la guerra, entraba con tres o cuatro trabajadoras del sexo en la misma noche. Eso le hacía sentirse más hombre que el resto; todo un gallito giro, indiscutiblemente macho, con coraje para aceptar operaciones suicidas; un Rambo chaparro, prieto y panzón, al estilo pipil. Vencido por el abuso de alcohol, algunas veces lo tuvieron que llevar a casa en calidad de bulto y en otras despertó sin saber dónde estaba ni la orientación sexual y nombre del ser humano yaciendo a su lado. Por suerte se trató siempre de una mujer.

- Que vengan diez, cincuenta, cien o la cantidad de guerrilleros que Schafik quiera mandar, que aquí está su tata, gritaba con una cerveza en cada mano.
- Cálmate que a estos puteros viene de todo. El otro día los comandos urbanos ametrallaron a un grupo de prales en el salón de al lado.
- A mí me vale v...



Cuando le inundaba la euforia, faltaban sujetos o palabras que le hicieran entrar en razón, así que para evitar escalonar las diferencias era preferible dejarlo soltar los trastornos a grito partido al calor de mariachis y cervezas atrofiando su cerebro.

Vuelto al presente, seguía en su asombro por los cambios operados en su país. Se le hacía infrecuente el mar de gente y la diversidad de estados anímicos reflejadas en cada rostro, pero ante todo le costaba digerir cómo, a pesar de la pobreza en su tierra, el júbilo destacaba en la mayoría de los presentes.

Definitivamente aquello parecía carnaval. ¿Acaso esperaban algún personaje famoso?, ¿sería que ese era el único día de la semana en que llegaban aviones de los Estados Unidos?, pudo haber pasado que por curiosidades del destino esa fuese la exclusiva ocasión en la que medio país se congregaba a la salida del aeropuerto, ¿estarían deportando a la mayoría de sus paisanos y él no se dio cuenta?, las preguntas sobraban; total, fuese cual fuere la razón de semejante tumulto, lo cierto era que su país cambió.

Dos décadas atrás estuvo allí, por cierto la primera y única vez que hubo visitado el

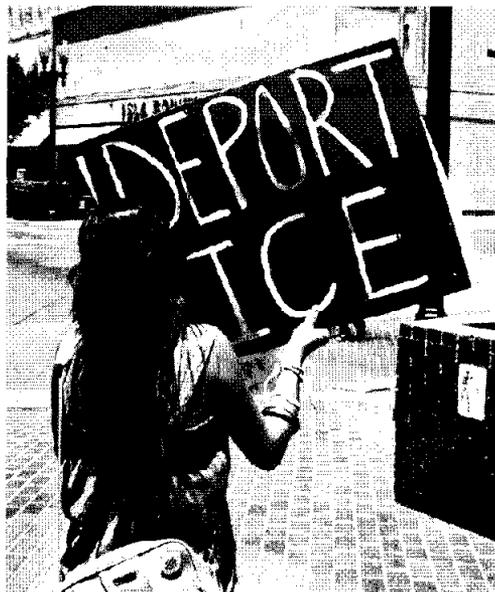


mismo aeropuerto, para despedir a su prima María que viajaba a Méjico con un paquete turístico que se ganó por ser fiel oyente de Radio Cadena Central, una de las estaciones de AM. Vinieron a su mente los días en que juegan los RedSkins o cuando suceden las demostraciones contra el Fondo Monetario Internacional y Banco Mundial, a las que por cierto asistía para deleitarse con la nueva modalidad de pronunciamientos nudistas recién implementadas por jóvenes radicales. Comparado con esos eventos y la afluencia al aeropuerto internacional de Los Ángeles, el lugar no parecía tan atestado de bultos humanos; sin embargo aquí la gente aparecía como saliendo de un panal, para rellenar los pasillos, parqueos, terminales y todos los espacios del único aeropuerto civil de su país.

- Con permiso, con permiso.

Repetía tímidamente la frase abriéndose paso para ubicarse en algún punto despejado, más le era imposible moverse con rapidez; borrachitos, mujeres preñadas, niños y ancianas pidiendo "un dólar", en su diario intento de conseguir el pan y satisfacer otros menesteres, se agolpaban a su alrededor compitiendo por el lugar más estratégico para asegurar la limosna. Se le presentaban escenas paralelas de las que una y mil veces presenció en el Southeast de Washington D.C., solamente que ahora se trataba de hermanos de su raza, y no los negritos, a los que sin detenerse a conocer sus identidades siempre consideró cargas del Welfare. En su país con mayor justificación que en la unión de Estados más influyente de la tierra también abundaban la pobreza, los homeless y la discriminación contra los menos favorecidos del sistema.

Y si todo eso seguía latente, ¿qué sentido tuvo la guerra por conservar la libertad?,



pero, ¿cuál libertad, si la gente continúa aplastada por la opresión económica?; nada mejoró a pesar de tanto muerto; más bien, al contrario; admitía a regañadientes que la carencia de oportunidades daba asidero a la plataforma insurgente.

Irónicamente, esos a los que con coraje combatió, los mismos que mataron a batallones completos de sus camaradas, destruyeron la infraestructura y amenazaron con expandir ateísmo, hoy gozaban de significativa cuota de poder. Sentía absurdo ver de alcaldes y diputados a los que su coronel les dijo era menester matar, antes que pisoteando la bandera de la libertad hundieran a tu nación en la pesadilla comunista. En fin, independientemente de ellos, los terengos, ¿qué valor tendría haber defendido a una patria en la que era sencillo detectar las diferencias sociales? Después de haberse divorciado del odio de las armas apuntando desde hermanos contra hermanos, ¿por qué seguía la gente muriendo en su lucha



por escapar de un país que recibía casi tres billones de dólares anuales en concepto de remesas familiares?

Sofocado por el desorden, la bulla, el nudo de cuestionamientos, la ola de calor tropical y la vergüenza de regresar en las condiciones en que volvió, quería tomar un taxi, pero no estaba seguro si los escasos cinco dólares que portaba alcanzarían para llegar a San Miguel, a la casa del tío Pablo, su padrino de pila. También tenía hambre y precisaba tomar algo que aliviara la resequedad en su garganta. Ese extraño dolor, hartó conocido, deambulaba entre su espalda y pecho sintiendo que se quedaba sin oxígeno. Sin darse cuenta le rechinaron los dientes por algunos minutos, las uñas se le encurrucaron y sin hallar razón suficiente, sintió miedo, profundo miedo al devenir desconocido que le esperaba en ese irreconocible suelo.

IX

Salió del aeropuerto impactado por el mar de gente arremolinada en el área de espera. Siguió caminando entre la masa humana como escondiéndose de caras conocidas, pues le avergonzaba su condición de deportado. En algún instante hubo de titubear antes de encontrar escapatoria hacia la calle, pero salió con paso firme, sin reparar en las mujeres presentes, que se habían maquillado para la ocasión y los vendedores ambulantes que aparecían sin aviso, mostrando todo tipo de mercancía barata a la que con labia inflaban su calidad.

Se vendía desde agua helada, pasando por mango tierno picado, revuelto en sal y limón, sin dejar los billetes de lotería y arreglos florales finamente elaborados, hasta servicios de taxi, limousine y guía turística que en muchos casos incluía escort femeni-

no. La salida de la terminal aérea convertida en mercado de empresarios ambulantes era lo que menos esperó encontrar.

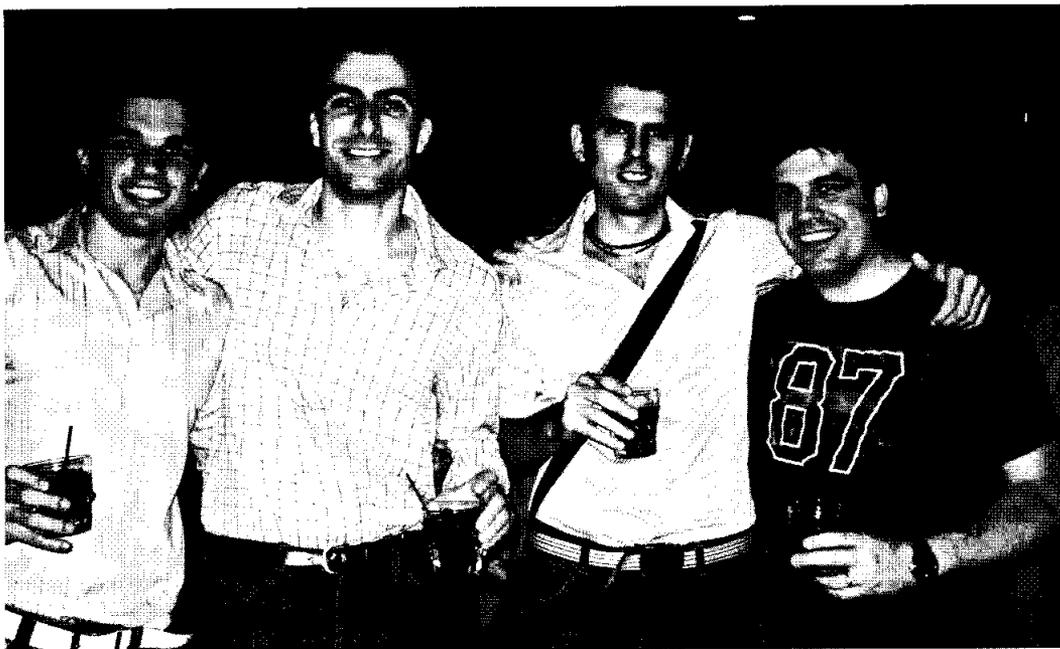
Cuando se fue su país agro exportador se quejaba de comenzar una década perdida al filo de la guerra. En esos tiempos todavía se explotaba la tierra. Recordó las dos manzanas de milpa de todos los años, en las que intercalaba pipianes, ayotes, frijoles guataleros y maicillo. Era la época de la yunta de bueyes acarreando la cosecha. A estas alturas parecía que nadie quería sembrar y que al igual que en su tiempo, solo que ahora no por culpa del servicio militar ni la guerra, sino ante la falta de perspectivas, una vez en la adolescencia los muchachos se apresuraban a escapar de la patria.

Su tierra pasó de las relaciones feudales de producción a la modernización abundante de plástico chino, metal reciclado y especulación financiera con

la que modernizada la economía facilitaba descapitalizar a las familias receptoras de remesas.

Cruzó la calle y al otro lado el concreto del parque parecía levantar una pesada corriente de calor que cual ola corrompía cada centímetro del ambiente. La camisa se pegaba a su cuerpo bañado por el sudor, molestándole la sensación a polvo, ya que su cuerpo, por años autoexiliado, desconocía ese viejo ambiente que le hacía sentir extraño en su propio suelo, sin saber con certeza a dónde ir, a cual número llamar, y ante todo, cómo ocultar frente a los conocidos la condición de su regreso.

Peor aún, no quería parecerse a los otros que venían con él, porque a diferencia de los once mareros trasladados en su mismo avión, fue detenido camino al trabajo y no congregado en pandillas ni cometiendo fechorías.



De haber sabido que la policía lo pararía, no hubiese intentado correr a 50 millas por hora en aquel vecindario con señales de 15 milles. El oficial que con cámara en mano le detectó desde la siguiente esquina, le pidió la registración y seguro del vehículo, así como la licencia de conducir, se llevó los papeles a la patrulla, pasados diez minutos de llamar por radio y revisar en la computadora de su cruce otras tres patrullas llegaron a reforzar, rodearon su troca, se le mandó bajarse con las manos sobre la cabeza y una vez detenido lo reportaron a migración.

Los pandilleros no eran santos de su devoción y su persona distaba del behavior de aquellos jóvenes. No obstante, lo pusie-



ron en la misma fila, con esposas y cadenas, le llovieron las mismas vistas curiosas, que con mínima simpatía y bastante recelo, putiéndolos en silencio, los siguieron con la vista hasta la cola del avión. No importaron diferencias de edad y actitud; les trataron cual escoria social, bicho raro y peligroso, tanto que ni las aeromozas se les acercaron a ofrecerles un vaso con agua.

Desconcertado se sentó bajo un árbol de laurel de la India, queriendo poner en orden sus ideas y disponer lo que haría a continuación. Su familia quedaba a miles de millas al norte, pendiente de pagar los bills y el mortgage de la townhouse, ahh, también la letra de la Toyota Tundra; esa que para apantallar a sus amigos se jactaba de haber comprado cash.

Y es que entre los salvadoreños, antes que aterrizar en tierra, existe una especie de ego que no permite aceptar segundos o terceros lugares. De ahí que, no la mentira sino la exageración de las cosas convierte a losers en los campeones, poseedores de lo mejor y capaces de las más grandes proezas. Machistas hasta la coronilla, no hay quien supere a los Salvatrucos, con más huevos que un toro, ingeniosos para la paja, sofistas a los que nadie engaña y atrevidos tratándose de asuntos peligrosos.

Esa misma predisposición innata llevó a nuestro personaje a incendiar media docena de vehículos (incluida una patrulla de la Policía Metropolitana) en la Mount Pleasant, a inicios de los noventa, cuando el Distrito de Columbia ardió por segunda vez (la primera fue con motivo del asesinato de Martin Luther King). Por llevársela de hombre también fue detenido la ocasión cuando borracho decidió romperse la trompa con dos chelitos amanerados



que encontró en el parqueo de su vecindario y que luego resultaron ser agentes del Secret Service. Por esa y toda una acumulación de broncas, incluidas las obvias exageraciones de su caso de asilo político, perdió el estatus migratorio, quedando en deportación luego de no cumplir con la promesa de salida voluntaria.

Pero como los machos también tienen su lado flaco, el bienestar de la familia venía a ser su talón de Aquiles. Le sobrevinieron salidas amargas y sentimiento de impotencia pensando en cómo harían los suyos sin su aporte mensual. Agüevado por primera vez en la vida, le preocupaba cómo harían su mujer e hijos para correr con todos los gastos de la casa.

Si bien conseguir cinco mil dólares para él en su trabajo de contratista de remodelación no representaba un reto extraordinario; ese par de pesos los sacaba de cualquier pe-

queño contrato, en cambio para su mujer que consumía su vida en la dryclean de los coreanos, significaba tres meses de trabajo.

A todo esto se le sumaba su hija iniciando el college, el niño menor todavía en la Elementary School pero demandando juguetes caros, el de catorce vistiendo ropa de marca y el hijo mayor que no trabajaba, mas debía pagar a través de la corte por un error cometido dos años atrás, esa vez que borracho olvidó ponerse condón y hoy le representaba ochocientos dólares en concepto de child support para el hijo que su novia no quiso abortar. ¡Dios santo!, ¡qué tragedia!, eso no era lo que quería para su familia ni por lo que gastó los mejores años de su juventud.

Pensando en su familia, el centro de su atención, iba recordando a todo mundo, uno por uno, incluida la prima de su mujer, una virgen en el sentido completo



de la palabra, quien ni antes, ni durante, ni después de alcanzar pisar el lado del sueño americano hubo conocido la desnudez de un hombre. Sus convicciones de evangélica la mantenían del trabajo a la casa y de la casa a la iglesia. Se afanaba duro en el empleo y dedicaba los ratos de descanso al culto de su fe y la evangelización en los lugares más concurridos de Langley Park, Maryland. Esa santa mujer de caderas anchas y glúteos levantados presentaba unas piernas tan gruesas y estrechas, que de andar con sus tragos se le habría abalanzado ese día que por accidente la encontró desvestida en la tina de baño. ¡Ah primita tan sabrosa!, los pechos se le veían duritos y la cintura bien hechita; por ella sería capaz de abandonar por algunos meses a su mujer.

Era una muchacha de hablar suave, con perfecta entonación de cada palabra, exactas pausas, puntos, comas, énfasis y esperas para escuchar. Sus labios asemejaban un pequeño corazón sellando la boquita, sus cabellos caídos sobre los hombros y la cinturita de avispa completaban el taquito de ojo que a cualquiera entusiasaban.

¿Como estarían todos ahora con la deportación del aporte significativo del hogar?, ¿será que podrán llevar toda la carga económica sin lo cuantioso de su income?, ¿cuales serian los amigos que se pusieron a la orden de la familia?, si es que hubo algún amigo de esa talla, ¿seguirían llegando los tipos raros, de arito y pelo colorico, que frecuentaban a su hija?, ¿y el novio de la prima?, ¿tendría este ahora pretextos para

quedarse en su casa e intentar usar su sala como hotel?, ¿hasta cuándo volvería a disfrutar de los partidos del DC United desde la comodidad de su seccional y el plasma TV con sonido dolby-stereo?

Todos los lujos materiales a los que ya estaba acostumbrado se quedaron en el Norte, a miles de millas de su nuevo e incierto destino.

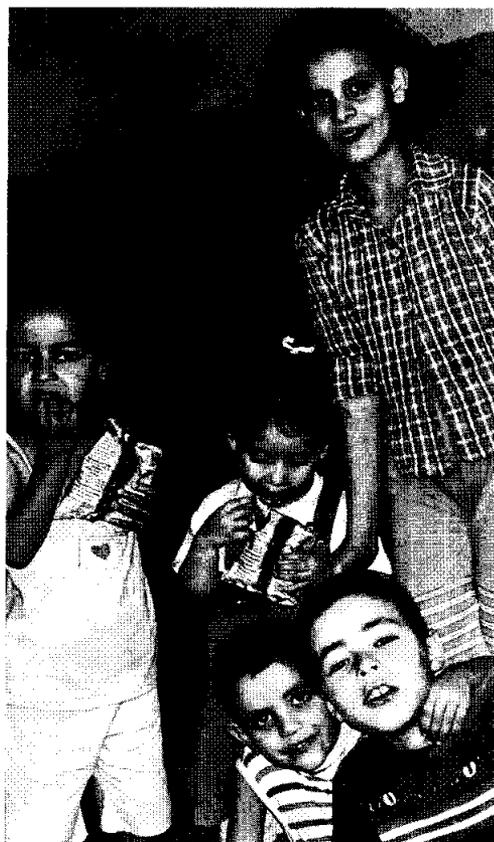
Le dolía pensar que el novio de la prima fuese el beneficiado con el uso de sus cosas. El novio de la prima era un pícaro que ésta conoció en el camino a la USA, quien por interés en la joven, no obstante tener destinado quedarse en Texas, se movió hacia Washington D.C., para estar más cerca de su amada. De este tipo al que nunca le tuvo confianza solo conocían su manía de mascar chicle, la afición por la comida china y preferencia por botas tacón alto.

Era un mentirosísimo que hablaba como mejicano, se refería únicamente a lugares del occidente salvadoreño, pero aseguraba ser hondureño, al que en su trabajo llamaban Leonel, recibía correspondencia bajo el nombre de Lucas, sus documentos chuecos decían Pedro, y en el círculo de amigos prefería ser Elías a secas, sin apelativo.

El tunante se obsesionó sobremanera con la chica y al segundo servicio religioso que le acompañó decidió pasar al frente para demostrar su paso de fe, tomar clases de bautismo y buscando estar siempre alrededor de sus intereses se apuntaba en cada ministerio en que ella participara. El baboso le caía cual purgante en mañana de goma. Era una molestia absorbente que aunque diestro en la construcción, buscó trabajo en la misma compañía de limpieza en que ella trabajaba.

La llevaba al trabajo y traía de vuelta a casa, luego se iban juntos a la iglesia, se quedaba a cenar, y para colmo seguía platicando con ella en la sala hasta que todos se iban a dormir. Era una garrapata que de yerno lo habría agarrado del buche, puesto la pistola entre las dos cejas y convencido que se perdiera para siempre de la vista de todos.

Pero su familia también contaba entre la fila no oficial de miembros a la bola de metidos que frecuentaban la casa, los familiares y amigos, los que decían ser familiares o amigos, incluido un caribeño, parece que de Jamaica, que resultó declararse primo del viejo, según exhaustivas revisiones del árbol genealógico de ambos. Ese aunque imper-



fecto era su hogar, su círculo de gente, el contexto de su mundo construido con todos sus esfuerzos en la guarida del Tío Sam. Con todo y los defectos ese era el ambiente que por hoy extrañaba, al que estaba seguro pertenecer. No le quedaba de otra que regresar a como fuera, correr con los costos y riesgos que hubiere de correr, ya que su patria hacía mucho dejó de quererle.

Estaba decidido, buscaría un coyote de esos efectivos en burlar la migra, que lo devolviera al norte en unas cuantas semanas. Este desdichado ya no pertenecía al territorio salvadoreño sino a la nueva patria que lo vomitó hacia donde nunca sintió justo haber nacido. Absorto en reflexiones sintió de pronto que se le encresparon todos los

huesos, sudó helado, tuvo profundo miedo, le zumbaron los oídos, se mareó y colapsó contra una de las esquinas del concreto que rodeaba los laureles de la india del parqueo del aeropuerto.

En fracción de segundo todo le dio vueltas, perdiendo la conciencia. La dureza del filo que golpeó su cráneo fue más fuerte que sus deseos de ponerse de pie y su resistencia a seguir despierto.

En uno de los siguientes amaneceres despertó sobre una cama de hospital, todavía resintiendo el fuerte golpe en su cabeza, aturdido por las medicinas, pero, igual que las aves migratorias, aún decidido a reemprender vuelo al Norte...